



# ÉLITE, POBREZA Y PODER POLÍTICO

ROBERTO SÁNCHEZ VILELLA  
ATENEOS DE PUERTO RICO, SAN JUAN,  
PUERTO RICO, 17 DE AGOSTO DE 1970

Me cuenta un amigo que regresó de Francia en estos días que el gobierno francés desarrolló un plan para enfrentarse a las acciones radicales de los estudiantes, a los que colectivamente llaman *les gauchistes*: los izquierdistas. Este plan evaluaba el peligro de la violencia estudiantil y proponía medidas para el apaciguamiento. El plan lo escribió un comunista. ¿Cómo es que los comunistas, tradicionales líderes de la izquierda y la revolución, están aliándose con los derechistas, tradicionales apóstoles del *status quo*? La clave está en esa palabra: “tradicional”. Tan tradicional es el uno como el otro. O lo que es lo mismo: ambos pertenecen a una misma *élite* cuyo funcionamiento trasciende las luchas ideológicas. En este caso, se trata de que, en el momento en que los estudiantes —los jóvenes revoltosos de Francia— amenazan el sistema de partidos políticos allí vigente, todos se unen para defender aquello que, efectivamente, tienen en común: el sistema.

A los puertorriqueños, obsesionados con la cuestión del *status*, a veces nos es difícil ver que existen grupos en el país que trascienden ese problema ideológico y político. De hecho, pode-

mos comenzar definiendo las *élites* como grupos operacionales de personas cuyos intereses reales van más allá de los *issues* que los dividen en la verbalización y en la retórica consuetudinaria. Los abogados, encarnizados adversarios en el tribunal, se dan un trago juntos al terminar el juicio y se unen para pedir la aprobación de un arancel de veinticinco centavos a favor del Colegio de Abogados por cada documento notarial. Los radicalmente opuestos idealistas y realistas filosóficos se unen al momento de exigir las más rancias credenciales académicas a los que aspiran a unirse a ellos en la tradicional cátedra universitaria. Los competidores en el campo industrial se unen para evitar la aprobación de medidas contributivas que afecten su ámbito particular de interés. En fin, es *élite* todo aquel grupo, organizado o informal, cuya conciencia de grupo es tal que cuando se ve amenazado, reacciona vigorosamente para conservar la preeminencia que pueda tener en un momento dado. Y esta preeminencia es lo que corrientemente llamamos poder-liderato, en cualquiera de sus múltiples formas.

Si las *élites* son grupos que tienden a perpetuarse a sí mismos a través del ejercicio del poder, su efectividad depende de la imagen que de ellas tengan los que no pertenecen a *élite* alguna, de los no iniciados, es decir, de la gran masa sobre la cual cada *élite* ejercerá su liderato. ¿Cuáles son, en Puerto Rico hoy día, esas imágenes? Consciente de las múltiples alternativas de análisis, propongo una de ellas: en Puerto Rico, hoy día, pueden identificarse tres *élites* definidas y claramente perceptibles: la intelectual, la política y la industrial-financiera. Se trata de tres grupos de personas —que, ciertamente, entre los tres suman algunos miles de puertorriqueños, entre casi tres millones de habitantes que tiene la Isla— que se distinguen conscientemente de la gran masa del país, que responden como una unidad ante problemas que amenazan la cohesión del grupo elitista y que están unidos por intereses eminentemente prácticos y realistas que trascienden los *issues* que normalmente se debaten en el país.

Dediquemos un rato a caracterizar cada una de estas *élites* en ánimo de verificar y precisar su existencia. Es bueno notar que cada una de estas *élites* tiene su propia organización, su propio lenguaje, sus mitos y racionalizaciones. También tiene, cada una de ellas, una particular imagen de la otra y se relacionan entre sí en formas específicas y constantes.

## I. LOS INTELLECTUALES

Julien Benda ha dicho que el intelectual es todo aquel que “habla al mundo de manera trascendental”. Para identificar la *élite* de los intelectuales en Puerto Rico, no podemos ir a esa definición que hizo Benda hace más de cuarenta años. El hablar al mundo de manera trascendental, el buscar la verdad, el dedicarse al estudio, a la meditación y al desarrollo del conocimiento de por sí no forma lo que entendemos por una *élite*. Es la imagen que de esa actividad opera en la mente de las gentes —y en la mente del que se ve a sí mismo, se siente a sí mismo, y se llama a sí mismo “intelectual”— lo que nos permite identificar la *élite*. En Puerto Rico eso quiere decir, predominantemente, los maestros, comenzando por los catedráticos universitarios y prosiguiendo por los de instrucción pública, hasta llegar a lo que la mitología del sistema mismo llama tradicionalmente “el más humilde maestro rural”. De hecho, es en la ruralía donde mejor se ve el respeto y la admiración que se siente hacia esa *élite* por el que no es miembro de ella. La forma que tome ese respeto y esa admiración —o lo que es lo mismo, la base de su identificación y del ejercicio del poder— determina la forma particular que toma cada *élite* separadamente: los estudiosos de la historia, la sociología, las ciencias políticas, las ciencias naturales, la administración pública, el derecho, la medicina, la ingeniería. En fin, fijémonos en los catálogos de cursos de cualquiera de nuestras universidades, y ahí tendremos también el catálogo de nombres por los cuales se conoce a estos intelectuales y por los cuales también ellos se identifican ante la sociedad.

El lenguaje de los intelectuales es el análisis, la búsqueda de causas, de esquemas de interpretación. Aún aceptando que a veces raya en la pedantería, es un lenguaje de precisión, especializado para el descubrimiento, para la invención, para las teorías y las ideas. Ese lenguaje se lee más de lo que se habla: el *publish or perish* de las universidades norteamericanas. Su ropaje es el de los grados académicos según lo podemos ver escenificado anualmente por la televisora del gobierno cuando se transmite la graduación de la Universidad de Puerto Rico. (Dicho sea de paso, desde este punto de vista ritual y casi litúrgico es que podría entenderse la indignación del claustro ante las actuaciones de los estudiantes en la pasada graduación).

Su principal mito es el de la autonomía en la búsqueda de la verdad, la Torre de Marfil, la independencia de los problemas terrenales y la exagerada visión de su propia importancia en la sociedad, con todos los concomitantes emocionales que ello apareja. Y es que en Puerto Rico tenemos la tendencia a identificar lo intelectual con lo académico, y lo académico con la enseñanza. Claro está, en este punto, algunos de ustedes se preguntarán si en sentido estricto podemos decir que en Puerto Rico hay verdaderos intelectuales. En síntesis, podemos decir que en Puerto Rico se reconoce la existencia de una *élite* intelectual, cuya principal identificación es con la enseñanza en todos sus niveles y que, dentro de la misma, puede encontrarse una relativa diversidad de calidad así como de posturas ideológicas, pero todos tienen en común el interés de preservar la identidad de la *élite* y su funcionamiento sobre la gran masa del pueblo. En otras palabras, hay quienes meramente pertenecen a la *élite* y hay quienes, además, “hablan al mundo de manera trascendental”.

## II. LA ÉLITE POLÍTICA

La identificación principal de los que forman la *élite* política es la de los partidos políticos que representan un nivel de organización social quizás más básico, ciertamente más accesible que

las instituciones gubernamentales del Estado. Su identificación principal es a través de los puestos electivos y las campañas políticas y en la participación en las burocracias gubernamentales a determinados niveles y en determinadas actividades. En verdad, la identificación del político en Puerto Rico es clara, excepto cuando ocasionalmente se oculta bajo el ropaje del técnico o del académico. Además, no es por nada que ya desde 1934 [Antonio S.] Pedreira había apuntado que “la política es nuestro deporte nacional”.

Podría decirse que esta caracterización de la *élite* política es demasiado superficial. Y lo es, porque nos estamos fijando en su ropaje, en la imagen a base de la cual la gran masa de puertorriqueños hacemos nuestras elaboraciones sociológicas. También lo es en el sentido de que sólo hemos caracterizado el político en función del aparato electoral, el cual, en Puerto Rico, es bastante limitado. Ciertamente, no es político únicamente quien así es caracterizable, como vimos que tampoco es intelectual el que únicamente se identifique como tal. Pero sí son miembros de la *élite* política los que el pueblo ve identificados con los partidos, con los *issues* y, principalmente, con la publicidad típica que rodea al político.

La orientación de la *élite* política es hacia los problemas sociales, políticos y económicos, pero no al estilo del intelectual, que es el de la búsqueda de la verdad, sino en la búsqueda de soluciones prácticas que, tarde o temprano, repercutirán en el resultado electoral. Esa es la prueba final del éxito para la *élite* política. Y en esta actitud, como todos sabemos, el político está profundamente reñido con el intelectual. Lo cual no quiere decir que para vivir una vida hay que desvivir tantas otras, o como ha dicho Ortega: *¡qué no será tratando de vivir dos vidas a la vez!*

Quizás a muchos de ustedes suene un poco raro lo que voy a decirles ahora: la *élite* política evita la verdad porque no puede bregar con ella. Hanna Arendt lo ha dicho de la manera siguiente, en un artículo en la revista *New Yorker*:

The Story of the conflict between truth and politics is an old and complicated one, and nothing would be gained by simplification or moral denunciation. Throughout history, the truth-seekers and truth-tellers have been aware of the risks of their business; as long as they did not interfere with the course of the world, they were covered with ridicule, but he who forced his fellow citizens to take him seriously by trying to set them free from falsehood and illusion, was in danger of his life. "If they could lay hands on such a man, they would kill him", Plato says in the last sentence of the cave allegory.

Llana y sencillamente, la orientación del político tiene que ser fundamentalmente hacia el poder. *Punto. El poder por el poder mismo*, si se quiere, para usar la tan manida frase. Se trata, ni más ni menos, del disfrute del poder... Más o menos como se espera que un intelectual disfrute del conocimiento y un industrial disfrute de la productividad de su planta manufacturera. En este momento, me viene a la mente una acusación que, en una ocasión, me hiciera un líder político. Me "acusaba" de tener la ambición de querer seguir siendo gobernador. Contesté que la ambición de mi vida ha sido la de servirle a Puerto Rico; que mi ambición ha sido la de *hacer*, no la de *ser*; pero si para *hacer* tengo que *ser*, entonces estoy dispuesto a *ser*. Mi respuesta fue clara porque el político que no busque el poder —conservar el que tiene y adquirir más—, en realidad, no es político. Podrá ser otra cosa —administrador, técnico, artista, intelectual—, pero político no. Sin embargo, no debemos confundir el disfrute (o uso) del poder, en el sentido en que he definido este concepto, con *el goce del poder por el poder mismo*. Esto último se acerca más a la caricatura del político oportunista con que nuestro pueblo acertadamente desviste a los falsos políticos que usufructan el sistema. No se trata del cinismo censurable de muchos que se identifican como políticos y que, muy tranquilamente, se levantan todas las mañanas, y lo primero que hacen es ver "de dónde sopla el viento". Ni se trata de aquellos políticos que, muy tranquilamente, propulsan una medida

y, acto seguido, marchan en su contra. No quisiera añadir más de los infinitos ejemplos de malos políticos. A fin de cuentas, se trata de lo mismo que vimos al hablar de los intelectuales: buenos y malos pertenecen a la misma *élite* y todos comparten el interés por el mantenimiento del sistema que los une, por encima de las diferencias ideológicas y de calidad personal que los separa.

La retórica del político es bien conocida de todos. Hasta hay palabras y frases que han adquirido una textura especial por su uso repetido por parte de los políticos: *compatriotas*, *servicio* y *sacrificio*, *progreso*, *obra de gobierno*, *gloriosa* (todas las actividades políticas tienen una inexplicable tendencia a ser “gloriosas”).

### III. LA ÉLITE INDUSTRIAL-FINANCIERA

Su orientación es esencialmente económica. Su lenguaje es el de la producción. Su criterio de éxito es la acumulación de riqueza, la ganancia. Sólo la liga a la comunidad, lo que Carlyle llamó el *cashnexus*. La *élite* industrial-financiera se ve a sí misma como realista, como productiva, como piedra angular indispensable para la sociedad en general. Es la pitonisa de lo que Tawney llamó “la sociedad adquisitiva”. En la famosa frase de Ibsen, se consideran los “pilares de la comuniaad”, o como el George Babbit de Sinclair Lewis: “los ciudadanos sólidos”. Sus actividades trascienden el marco de los problemas sociales y políticos del país. Su organización es posiblemente la más eficiente de las tres *élites*, aunque sea la menos formal —la Asociación de Industriales viene a ser como una especie de *country club*—, pero trate usted de pasar una ley de tributación de ganancias de capital como medida para evitar la especulación con los terrenos, o trate usted de que los bancos paguen las contribuciones que deben pagar, y verá la eficiencia de la maquinaria de protección puesta en acción por ésta: la *élite* industrial-financiera.

El principal mito de la *élite* industrial-financiera es análogo al de la *élite* política: servicio, o como decían antes, filantropía.

Es la imagen de los Rockefeller o de la *Fundación Ford*, que en Puerto Rico se explota a todo vapor. Dicho sea de paso, alguien debería hacer un estudio sobre cuánto dedica la industria aquí a la filantropía en comparación con Estados Unidos, pero un estudio donde no se cuenten los gastos de publicidad, donde las Fundaciones sean objeto de verdadero escrutinio.

Al igual que en las otras dos *élites*, no todos los que forman parte de la *élite* están visibles como tales. Ciertamente no podemos incluir a los miles de empleados de cuello blanco de la industria y la banca como miembros de la *élite* industrial-financiera aunque su orientación sea hacia ella y compartan plenamente sus valores. Tampoco a los técnicos formados en el servicio público que terminan sus días como asesores de bancos y fábricas y como vendedores de influencia. Su rol no es verdaderamente elitista, pues no cuentan para muchos cuando los miembros de la verdadera *élite* toman las decisiones importantes: son apenas sirvientes del verdadero rico. No obstante, todos estos individuos son importantes porque tienden a verse a sí mismos en simpatía con, y como parte de, la *élite* industrial-financiera. Y, hasta cierto grado, la población en general tiende a verlos así.

Ninguna de estas tres *élites* —ni la intelectual, ni la política, ni la industrial-financiera— es capaz de gobernar por sí sola. El poder de cada una no puede ejercerse para gobernar si no es con la colaboración de las otras dos. Particularmente, la *élite* política —la que se supone que ejerza el poder político sin intermediarios— no puede ejercerlo sin la colaboración de la *élite* intelectual. Ésta juega, frente a aquella, un papel no muy distinto del que jugaban los escribas en la corte de los emperadores semianalfabetas. Pero también la *élite* política necesita el apoyo de la industrial-financiera (y aquí no hace falta analogía alguna; basta ver cómo ciertos partidos en Puerto Rico dependen directamente de los bancos para su subsistencia, mientras otros dependen de las fortunas personales de algunos industriales que figuran también como políticos).

¿Cómo han sido, en Puerto Rico, las alianzas que han permitido a la *élite* política ejercer el poder y gobernar? Históricamente, la alianza casi siempre ha sido entre la *élite* política y la industrial-financiera. Parece ser —aunque no tiene por qué ser así— que esa es la combinación más fácil de elaborar. En los Estados Unidos, por ejemplo, en lo que va del siglo veinte, ha predominado esa alianza, excepto en los primeros años de las administraciones de Wilson y Roosevelt y el corto tiempo de Kennedy. En esas tres excepciones, vimos una alianza de los intelectuales con los políticos, en vez de la preeminencia de la *élite* industrial-financiera. Llamo la atención de ustedes a la advertencia poco usual de un Eisenhower, hecha a fines de su último término, sobre los peligros de lo que él llamó el *military-industrial complex*.

Es necesario apuntar que, en Puerto Rico, la distinción entre estas tres *élites* era muy tenue, casi imperceptible, a principios de siglo. Sencillamente, el poder intelectual, político y económico estaba concentrado en el mismo grupo de acaudalados terratenientes y sus satélites. Este síndrome es bien conocido como característica típica de las sociedades agrícolas, como lo era la sociedad puertorriqueña de hace cuarenta años. No obstante, a partir del acelerado desarrollo industrial de Puerto Rico de hace ya más de 25 años, se nota claramente la diferenciación de las *élites*, especialmente cuando notamos que el sector manufacturero está a cargo de un grupo extranjero, como lo son los inversionistas y gerentes norteamericanos, social y culturalmente distintos de los empresarios puertorriqueños, al menos a la vista del pueblo. Es precisamente durante el principio de ese período de 25 años —digamos, la primera década (no quiero fijar fechas específicas)— que tuvimos en Puerto Rico una alianza en el gobierno entre los intelectuales y los políticos. De ahí en adelante, la alianza cambió y vino a ser una de políticos y empresarios de la industria y las finanzas. Huelga decir que esa es la que continúa hoy en el poder.

De primera instancia, resulta un tanto extraño que la *élite* política, precisamente la que se especializa en la búsqueda y el uso del poder, no pueda gobernar sola. Pero si nos fijamos en las funciones de las otras dos *élites*, no es de extrañarse que la política necesite ayuda, particularmente en un mundo progresivamente más tecnológico y complejo. Además, la necesidad de que el gobierno regule una buena parte de la actividad económica de por sí representa ya una interferencia entre la esfera de gobierno, propia del político, y la esfera industrial-financiera. De ahí surgen las alianzas que podemos notar claramente hoy día en Puerto Rico entre el que gobierna y la *élite* industrial-financiera.

El problema de las alianzas no es que produzca entendidos entre los miembros de distintas *élites*. El problema es que, en la alianza entre la *élite* política y la *élite* industrial-financiera, los intereses de ambas vienen a fundirse de manera tal que son los de esta última, la industrial-financiera, los que predominan por sobre el interés público. Tiende a desaparecer la esfera de lo político propiamente dicho. Y a sustituirse totalmente con la esfera de lo económico. De ahí surge el chantaje que podemos ejemplificar con aquella frase tan conocida en Estados Unidos: *What's good for General Motor is good for the country*.

La incapacidad y el egoísmo de estas *élites* en ningún caso se ve más claramente que cuando se enfrentan a los complejos problemas de la pobreza.

La pobreza es, quizás, uno de los problemas del mundo moderno que más perplejos nos dejan. No creo que ninguno de nosotros aquí entienda en realidad la pobreza. Podemos hacer todas las definiciones estadísticas que querramos, podemos estudiar la pobreza desde muchísimos ángulos, explorar sus múltiples aspectos y aun sentirnos moralmente afectados por ella, y todavía nos quedaríamos cortos ante la realidad apabullante de la pobreza como condición humana. Lo que ocurre es que ninguna de las tres *élites* puede captar la pobreza en toda su

magnitud, en toda su miseria, en todo lo que nos plantea como contradicción a los valores cristianos y morales que supuestamente profesamos. Y los miembros de cada una de esas *élites* que llegan a vislumbrar algo de esa miseria rápidamente se dan cuenta de la esencial contradicción entre los intereses de su particular *élite* y lo que se necesita hacer para que la pobreza deje de ser miserable. Esencialmente, las tres *élites* son inhumanas al ser insensibles ante los problemas de la pobreza y el significado de ella en medio de una sociedad opulenta de consumo como es la nuestra. Por eso, cada miembro de cada *élite* tiene que hacer su decisión al confrontarse con este problema: para eliminar la miseria de la pobreza, cada *élite* tiene que cambiar algo de sus intereses y ceder a cambios en el sistema que está en la raíz misma de su existencia como *élite*.

La *élite* intelectual, cuya misión es entender y cuyo reclamo a su exaltada posición en nuestra sociedad es la creatividad, no ha estudiado la pobreza, no ha hecho mucho por entenderla, por explicarla, por decirnos cómo bregar con ella. En un seminario que celebró recientemente la Escuela de Administración Pública<sup>1</sup>, se destacó el hecho de que, aparte de las descripciones estadísticas —necesarias, pero no suficientes—, solamente se conocen en Puerto Rico siete estudios que tratan de penetrar un poco más en el entendimiento de la pobreza como fenómeno de nuestro tiempo. Allí se mencionaron los trabajos de Julian Stewart, Edwin Seda Ronilla, Helen Icken, Rogler y Hollingshead, Awilda Palau y Oscar Lewis. En aquella ocasión, el ponente hizo un llamado a que “los científicos sociales puertorriqueños salgamos de las oficinas con aire acondicionado y nos integremos a la población proletaria, aunque sea simplemente para entender cómo viven”. Y yo añadiría, con que la entiendan y se lo comuniquen a la sociedad en general es suficiente. Claro, en esta aseveración está implícito que para la *élite* intelectual de nuestro país la pobreza es un fenómeno invisible. El que los intelectuales se dediquen a la acción política —como

políticos— podría ser objeto de discusión y análisis. Pero no me estoy refiriendo a eso: a lo que me refiero es a que el intelectual puertorriqueño se enfrenta a la pobreza, aunque sea únicamente como intelectual, en ánimo de encontrar la verdad, en ánimo de “hablar al mundo de manera trascendental”. Creo que la mayor parte de los puertorriqueños que hoy día se llaman intelectuales, que se identifican con la *élite* intelectual, sencillamente no lo son en lo que respecta a la pobreza como mero objeto de estudio responsable.

En cuanto a la indiferencia con que la *élite* industrial-financiera mira la pobreza, basta con darles el siguiente ejemplo. Recientemente, le hablé de este mismo tema que les estoy hablando esta noche a un grupo que, en su mayoría, pertenecía a la *élite* industrial-financiera. La conversación tuvo lugar en un restaurante de lujo, en uno de esos nuevos rascacielos de Puerto Rico que día a día van surcando nuestros horizontes. Los ventanales del restaurante mostraban, por un lado, los nuevos edificios vecinos y, por otro lado, los arrabales de Martín Peña, la barriada Tokío y los Bravos de Boston. ¿Sabían ustedes cuál fue la reacción de uno de los presentes al hecho de que se pudiera ver tan claramente, desde allí, los contrastes de la pobreza y de la opulencia? Sencillamente, que había que colocar unas cortinas para eliminar aquel paisaje. O, como diría el viejo refranero español: “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Permítanme darle dos ejemplos más de esta miopía, que demuestra esa falta de entendimiento de los problemas de la pobreza. El Departamento de Instrucción postula que la preparación académica del maestro es un factor clave en la calidad de la enseñanza. También admite que los estudiantes que provienen de áreas socioeconómicamente deprimidas necesitan una enseñanza de más alta calidad para lograr el mismo nivel de aprendizaje que el que se logra normalmente con estudiantes de clase media. Si se quiere ofrecer, a todo estudiante, una oportunidad igual —no olvidemos las cláusulas de igual protección, derecho a la educación y dignidad del ser humano de nuestra

Constitución—, lo anterior implica hacer ajustes especiales en favor de, digamos, las escuelas de la zona rural y las de algunos de nuestros arrabales y caseríos públicos. Sin embargo, la ley de certificación de maestros y los reglamentos del Departamento de Instrucción tienen como resultado que los maestros más preparados sistemáticamente buscan y consiguen traslado a los sectores urbanos de clase media, donde las condiciones de enseñanza son infinitamente más halagüeñas que en el campo, en el arrabal o en el caserío. Así, a los que más necesitan se les da menos. Ya, desde noviembre de 1967, yo llamé la atención al hecho de que, para la décima parte más baja de nuestros estudiantes (en la escala económica) se gasta menos de \$500 en toda la vida escolar de cada uno de ellos, mientras que en la vida escolar de la décima parte económicamente más holgada, el Estado gasta más de \$7,500, es decir, alrededor de 15 veces más.

Un segundo ejemplo es la política del gobierno sobre el hogar propio. Mientras se postula que todo el que quiera debe tener la oportunidad de ser dueño de su hogar, los programas del Gobierno se basan en la capacidad financiera de las familias para que el Banco de la Vivienda les facilite financiamiento para comprar su casa o apartamento. Pero el Banco de la Vivienda no financia compras a menos que las familias tengan un ingreso que les garantice plenamente el pago de la hipoteca. Es decir, hogar en propiedad para los que pueden pagar; caserío público o arrabal para los que no pueden. Esto es consecuencia de predicar, por un lado, que la propiedad del hogar es un derecho, mientras por el otro toda la operación del Gobierno se basa en que es una inversión que sólo pueden hacer los que tengan el margen financiero. Si la principal característica del intelectual frente a la pobreza es su ceguera, la del político es su insensibilidad. La pobreza no es invisible para el político como lo es para el intelectual, pero lo que ve lo usa en su lucha por el poder. La pobreza representa, para la élite política, la oportunidad de acumular votos, la ocasión de consolidar el poder que tenga. La

pobreza es, para el político, un instrumento de trabajo. No creo que, por ejemplo, el actual partido de mayoría vea otra cosa en la pobreza. Ciertamente, las cosas que habría que hacer para eliminarla, o al menos humanizarla, representan medidas inherentemente antagónicas a los intereses industrial-financieros de los cuales ese partido es una especie de *Senior Partner*.

Para la *élite* industrial-financiera, la pobreza representa otra de muchas características de los consumidores, del mercado. Ve a los pobres como un grupo de personas con determinado potencial para consumir los servicios y los productos que ella manufactura o produce en su proceso industrial y mercantil. En esto tengo que admitir que, a menudo, parece que la *élite* industrial-financiera es la más sincera, aunque también es presa de temores y de complejos de culpa que se expresan en mucha de la retórica de las relaciones públicas de algunas de nuestras más conocidas empresas. Pero, al menos, es sincera en su apreciación del pobre como una estadística de mercadeo y nada más.

Pero es claro que, aparte de las diferencias de enfoque que separan a las distintas *élites*, cuando cada una de ellas se relaciona con la pobreza, todas tienen en común ese instinto de conservación que mencioné antes y que trasciende las diferencias retóricas entre facciones de la misma *élite*. Por lo que la desaparición de la pobreza significa, para cada una, cambios profundos en los sistemas económicos y de relaciones interpersonales en nuestra sociedad; ninguna de ellas está dispuesta a hacer lo que hay que hacer para cumplir lo que todas dicen que creen.

La responsabilidad fundamental de la *élite* intelectual es “hablarle al pueblo puertorriqueño verdaderamente de una manera trascendental”, que quiere decir, a la raíz de los problemas, a la verdad de las cosas y de las instituciones, en abstracción de consideraciones de prestigio, de poder de usufructo de la opulencia.

La responsabilidad de la *élite* política es determinar el bien común, el orden justo en aras de la dignidad del ser humano

como tal, contestándose la pregunta, con entrañable sinceridad, de para qué es el poder que busca. En Puerto Rico eso tiene que darse a reserva de sólo dos principios: por un lado, que sea el pueblo el que, en comunicación con su auténtico liderato político, decida en la discusión y determinación de su rumbo social, y, por otro, que todo ello ocurra en el marco de unos derechos civiles y políticos que propicien y respeten la participación de todos los sectores de opinión y de valores: eso es lo no negociable. Lo demás constituye la materia misma de la transformación de nuestra sociedad política en una que sea igualitaria en todos sus aspectos y sectores. En esa encrucijada, la *élite* política tiene que darse la mano con la *élite* intelectual de regreso ésta también de su irrelevancia academicista conservadora.

La *élite* industrial-financiera es eterna e incambiable. A veces domina, como hoy en Puerto Rico. A veces es aliada meramente de otros valores, pero siempre aspira a su propia y exclusiva regencia social. No hay más remedio por eso que desenmascararla en sus pretensiones, utilizarla en sus capacidades y destrezas, y mantenerla al servicio de lo verdaderamente valioso: la realidad humana "trascendental" que el intelectual de verdad cultiva y del bien común que el verdadero liderato político descubre y articula.

No sé cuan objetivo pueda resultar para otros el análisis intelectual que un político pueda elaborar sobre la naturaleza y funciones de estas *élites* en el Puerto Rico de ayer y de hoy. Pero este político que les habla en esta noche piensa que la única salida del cerco tradicional que esas tres *élites* tienden sobre el Puerto Rico de hoy radica en dos compromisos fundamentales con Puerto Rico: en primer lugar, el mantenimiento de un sistema de derechos personales, civiles y políticos que mantengan libre el acceso a la *élite* política y, en segundo lugar, esta *élite* política tiene que alcanzar la sensibilidad suficiente para merecer la empatía y la colaboración de la verdadera *élite* intelectual, de tal manera que el poder y su uso respondan siempre a las necesidades reales y fundamentales del hombre puerto-

rriqueño en términos de libertad, dignidad, igualdad real para realizar sus potencias. Así, el poder no cae en el goce sensual del dominio sobre los otros hombres, y la *élite* intelectual no se convierte en lo meramente enajenado, pedante o excéntrico. Eso implica una concepción de la economía como un medio al servicio del hombre, y no al revés.

Tal definición del futuro de las *élites* y de Puerto Rico significa, cuando menos, una mirada franca a las realidades del Puerto Rico de hoy: en lo político, falta de poderes para resolver, en Puerto Rico, nuestros problemas económicos y sociales; en lo económico, la injusticia social distributiva, el embudo de nuestra economía, que cada día resulta a la vez más productiva en términos cuantitativos y más injusta en términos humanos y morales; en términos sociales, nuestra situación demanda de los tres tipos de *élites* un curso intenso de sensibilidad de “los humildes”, más allá de toda condescendencia caritativa de “nobleza obliga” como una cuestión de ética: no hay, en una economía como la nuestra, derecho a la pobreza y la miseria espiritual que la acompaña, y a nombre de los principios que decimos que preferimos.

Mi experiencia me permite decirles esta noche que los pobres de Puerto Rico viven cada día más enajenados de las tres *élites* que he mencionado. Enajenados de los intelectuales porque, aunque los respetan, no los entienden y los consideran impotentes para bregar con sus problemas. Enajenados de los políticos porque se sienten usados por los que más podrían ayudarles en sus necesidades. Enajenados de los industriales y financieros porque se sienten apabullados por un sistema que tanto da a unos y tan poco a otros.

Todos los que, en una u otra forma —aquí en esta sala o en todo Puerto Rico— tenemos interés en hacer algo constructivo, tenemos que enfrentarnos al problema de la pobreza y buscarle solución. Yo estoy convencido de que la única manera de buscarle solución a un problema es entendiendo cabalmente ese problema. A esa función de entender el problema de la pobreza

y la participación de las varias *élites* en su solución es que he dirigido mis comentarios esta noche.

Muchas gracias.

---

Reproducido de *Élite, pobreza y poder político: Conferencia dictada por el Honorable Roberto Sánchez Vilella el lunes, 17 de agosto de 1970, en el Ateneo de Puerto Rico*, s.l., s.e. [1970]. Agradecemos a la Dra. Palmira Ríos habernos provisto esta copia.

## NOTAS

- 1 Las ponencias de este seminario se publicaron en la *Revista de Administración Pública* 4 (septiembre de 1971). Una selección de las ponencias se reprodujo en "La pobreza en América Latina y Puerto Rico", *Revista de Administración Pública* 26 (Edición Especial, 1993-94). [N. del E.]